

La Derrota Interior

Xibeliuss

UNO

A menudo la memoria se vuelve caprichosa con el tiempo. Tu padre fue el hombre más importante en mi vida; sin contarte a ti, claro. El único al que amé con cada nervio de mi cuerpo, el único con el que quise tener un futuro en común. Y, sin embargo, no es su imagen la que ocupa mis recuerdos, sino la de otro: un hombre que tan sólo despertó mi curiosidad y que, lo más probable, se olvidó de mí a los cinco minutos de separarnos para reintegrarse a su íntimo confinamiento. Jorge. *El señorito* Jorge. Cierro mis ojos y puedo verlo como en aquel primer instante: desmoronado, más que sentado, en su sillón de orejeras, de espaldas a los cortinajes que ocultaban la luz de la ventana; a su lado el escritorio cubierto por resmas de papel a medio garabatear, y libros, muchos libros. Calzaba unas chinelas de cuero desgastado, apenas visibles bajo los pantalones demasiado grandes, anticuados y llenos de brillos. La camisa, sin cuello, desabrochada hasta mostrar la cruz de las clavículas, con las bocamangas arremangadas de las que surgían unos brazos tremendamente flacos, con las venas marcadas como cicatrices. Su pelo era albino, algo despeinado, un punto más largo de lo que exigía la corrección. Y, sobre todo, su mirada, triste pero llena de vida en sus ojos enfermos. Una mirada como tentáculos de hiedra en continua búsqueda, ávida de conocer, de entender.

–Así que usted es la nueva chica del servicio – dijo, y me sorprendió lo *femenino* de su voz – Encantado. Seguro que no tendrá problemas conmigo.

DOS

Hay un aliento aquí que nos empuja hacia la sinceridad. Y no sabes cuánto lo agradezco, hijo, porque no es fácil todo lo que tengo que contarte. Cuando eres madre por primera vez te encuentras, de repente, ante un pedazo de tus mismas entrañas, convertidas en un *alguien* con vida y pensamientos propios que depende en todo de ti. De alguna manera sabes – o aprendes – que no puedes permitirte dudas delante de él, que tú eres el faro que debe marcar su camino, que todo lo que hagas influirá en su destino... y él te ve así: el ser todopoderoso que tiene todas las respuestas... cuando tú, en realidad, vas dando palos de ciego y rezas para acertar.

Ni siquiera estaba segura del embarazo cuando me llegó la noticia de la muerte de tu padre. Apenas había tenido la primera falta. Fue un dolor físico tan profundo que pensé que acabaría con cualquier cosa en mi interior. Pero no: tú lograste sobrevivir y pronto empecé a sentirte dentro de mí. Yo no era ninguna niña ya, ni por edad ni por cabeza. De cabeza dejé de serlo el día que rendimos Fijols, o, más seguro, cuando por ello condenaron a tu padre y partió desterrado en el *Buenos Aires*. Desde entonces habían pasado casi quince años en los que nuestros momentos juntos fueron sólo despedidas y preludios de despedidas, cada una más dolorosa que la anterior, siempre pensando que aquella sería la última batalla por librar. Hoy me pregunto si el Manuel no se convirtió para mí en uno más de los *Grandes Conceptos*: Libertad, Justicia, Igualdad... Si el día en que vinieron a buscarnos a nuestra cama de recién casados para ocupar el ayuntamiento no nos transmutamos en parte de un *Ideal*... a cambio de la vida que deberíamos haber vivido juntos. Los *ideales* se fueron derrumbando uno tras otro después de tantos años de combate, Manuel murió sin ver la *última batalla*, tú crecías rápido en mi vientre y yo, más sola de lo que nunca me había sentido, tuve que tomar decisiones. Y lo hice: rompí con todo y volví a España, dispuesta a empezar una nueva vida desde cero en la que tú ibas a ser el centro absoluto, el

último objetivo. ¿Me equivoqué? Sinceramente, nunca lo he pensado: ya entonces estaba enseñada a preparar, en lo posible, cada uno de mis pasos, analizar y prever sus consecuencias... y una vez tomada la decisión no volver nunca sobre ella. Así lo hice y no me arrepiento. No tendría sentido.

Tú naciste en Barcelona y allí pasamos un tiempo, cerca de la familia que ayudó en lo poco que pudo. Fueron meses complicados, un riesgo que tuve que asumir por lo menos hasta que me pudiese valer contigo y trabajar a la vez; pese a los papeles falsos, en la ciudad todavía había demasiada gente que podría reconocirme, incluso compañeros que no aceptasen mi retirada... y eso era un peligro, para nosotros y para todos los de nuestro alrededor. Así, el día en que montamos tú y yo en el tren para Madrid, con todas nuestras pertenencias en una maleta de cartón y una carta de recomendación del cura de Santa Madrona para las Hermanitas de la Caridad guardada en el corpiño, lo único que sentí fue alivio. El pasado quedaba un poco más lejos y los planes seguían su curso.

TRES

Las monjas nos recibieron bien, sin hacer demasiadas preguntas. En seguida nos pusieron en manos de Sor Juana, una pasiega vivaracha y llena de nervio que se encargaba de colocar chicas de servicio en las casas pudientes, y no pocas se encontraban en nuestra misma situación: viudas con hijos, madres solteras... mujeres con todo el peso a sus espaldas. Con Sor Juana recorrí tres o cuatro sitios antes de llegar a la casa de los Aguirre, un inmenso piso con dos plantas en la zona noble de los bulevares. Allí, me explicó la monja, trabajaba ya un *matrimonio-para-todo*, pero el ascenso social de la familia – tal cual lo dijo – les hacía necesario ampliar la servidumbre. En aquellos años, cuando ya quedaban atrás los *inviernos del hambre*, algunos supieron encontrar provecho en aguas turbulentas y el dinero

entre ellos se movía con alegría, pese a que la mayor parte de los españoles continuaba sobreviviendo en la miseria absoluta. Los Aguirre, como pronto supe, formaban parte de esa minoría de privilegiados. La monja y yo esperamos al menos tres cuartos de hora antes de ser recibidas por la señora Angélica, una rubia más joven que yo, muy *fina*, altiva y, como se dice vulgarmente, con la *propiedad del tordo: la cara delgada y el culo gordo*. Sí, por supuesto, necesitaba más personal de servicio. A cambio ofrecía alojamiento y manutención para los dos, la tarde de los jueves libre – salvo necesidad – y alguna gratificación económica si todo iba como debía ser, pero sin compromiso. Tipas como ella había puesto yo a los pies del pelotón sin pestañear. Dije: “*Muchas gracias, señora*” - y aquella noche tú y yo dormimos bajo su techo.

Durante las siguientes semanas apenas vi a la señora. Al señor, don Roberto, me lo presentaron un día en el rellano de la escalera: “*Bienvenida, Dolores. Si trabaja como es debido estará muy bien con nosotros*” - dijo, y me miró los pechos con insistencia. Yugo y Estanislao, el *matrimonio-para-todo*, se encargaron de enseñarme el funcionamiento de la casa y lo que se esperaba de mí. Yugo sentía verdadera devoción por la señora Angélica, a la que había servido desde niña ya en casa de sus padres. Por ella supe que pertenecía a una de las familias más linajudas de Navarra, a la que las cosas no le habían ido del todo bien desde el exilio del rey, pues su fortuna, como monárquicos leales, estuvo siempre muy ligada a la Casa Real, tanto en las minas de Marruecos como en el Casino de San Sebastián. El señorito Jorge, el hermano pequeño de Angélica, pareció durante un tiempo capaz de llevar de nuevo a la familia al lugar de preeminencia que le correspondía, pero su salud quebradiza lo tenía medio retirado desde algunos años atrás – esa fue la primera noticia que de él tuve. La familia de don Roberto, me contó con suma delicadeza, aunque tal vez no tuviese tanto rango como la de su esposa también era muy querida en Pamplona. Sus padres fueron comerciantes honrados que con muchos esfuerzos dieron estudios a su primogénito – don Roberto. Luego, cuando la guerra, él demostró su valía como oficial al mando de una compañía de requetés;

así fue como llegó a conocer a la señora y a entablar relaciones con ella. Se casaron al poco de *la Victoria*, ella con el vestido blanco y radiante que ya lucieron su madre y su abuela y él con el pecho lleno de las medallas que se había ganado a pulso. Pronto los negocios del señor prosperaron y decidieron instalarse en la capital, en el piso de dos plantas en el que ya nació Pablito, el único hijo de la pareja hasta el momento.

CUATRO

Después del periodo de aprendizaje empecé a tratar directamente con los señores. Al principio sólo como una sombra en apoyo de Yugo, pero pronto sirviendo la comida o atendiendo en las meriendas con las amigas de la señora. Por entonces tuve mi primer encuentro con el señorito Jorge, el que antes te he contado. Yugo me dijo que picase en su puerta y pidiese permiso para *hacer las habitaciones*.

–Encantado. Seguro que no tendrá problemas conmigo – dijo – Sólo tengo que darle dos instrucciones. Le pido que por favor las tenga siempre muy presentes, porque son importantes para mí. Uno: nunca intente colocar los papeles del escritorio ni los libros. Tampoco los de la mesilla de noche. Tal vez parezcan desordenados, pero están justo en el sitio que yo he elegido para ellos. Y dos: nunca entre en estas habitaciones sin llamar y hasta que yo haya dado permiso. Aunque piense que he salido o que estoy durmiendo más de lo previsible. Mis horarios son peculiares y salgo muy poco, la mayor parte del tiempo lo paso aquí, en mi... celda. Avíseme cuando termine, por favor. Estaré en el salón. Ah – se echó un batín de fumador sobre los hombros – Sea bienvenida a la mansión de los Aguirre. - Ese primer encuentro marcó la pauta de nuestras relaciones mientras estuve en la casa. Correcta, formal. Distante.

Me adapté bien a mi vida como criada. Era uno de los puntos que más me había preocupado del plan previsto, mi reacción ante el hecho de trabajar al servicio de la clase que siempre consideré mi *enemiga natural*. Los Aguirre resultaron, dentro de lo que cabe, unos buenos señores. Ciertamente es que las anunciadas *gratificaciones económicas* se limitaron, en la práctica, a un pequeño aguinaldo por navidades y algún sobre discreto en cumpleaños o fiestas renombradas; que el trabajo era continuo y muy absorbente, eran veinticuatro horas cada día listos para lo que pudieran pedir, pero, cambio, todos éramos tratados con dignidad y ninguno pasamos hambre. Nunca supe con seguridad cuáles eran los negocios a los que se dedicaba don Roberto. Algo de construcción, transportes... tampoco se hablaba mucho de ello. Salía temprano, antes que se levantase el resto de la familia y después de desayunar un café bebido con prisas. De normal comía todos los días fuera, pero tampoco era raro que a media mañana enviase un botones para avisar que tenía invitados para la mesa, a veces con muy poca antelación, por lo que en la cocina debíamos estar siempre dispuestos. A su tranquila manera, muy lejos de la pasión que nos devoró a tu padre y a mí cuando pudimos estar juntos, don Roberto estaba profundamente enamorado de su esposa: se notaba en la forma en que la miraba, de hablarle, en los pequeños detalles con los que la obsequiaba de seguido. También adoraba a Pablito, con quien jugaba todo el tiempo posible y mantenía largas conversaciones sobre lo aprendido en la escuela y las noticias del fútbol. Se iban juntos a ver al Real Madrid siempre que jugaba en Chamartín. También lo llevó una vez a los toros: Pepín Martín Vázquez, Bienvenida y Luis Miguel en la Monumental de Las Ventas, nada menos. Fueron con otros señorones – y sus hijos – a los que don Roberto necesitaba festejar. Aquella tarde volvieron enfadados a casa. Pablito se puso a vomitar en el primer tercio de varas y ya no hubo manera de disfrutar del espectáculo, que acabó por ser una corrida de esas de campanillas. No hubo más intentos. Las cenas, salvo compromisos excepcionales, se reservaban para la familia al completo y eran servidas con toda formalidad – cofia y guante blanco. Pablito, la señora Angélica y el señorito Jorge eran de paladar fino y apenas picoteaban algo de

cada plato; don Roberto, sin embargo, comía de todo y siempre con apetito. Los cuñados tenían poco en común. De hecho, pienso que se detestaban amigablemente y rara vez hablaban entre sí más que de naderías, a menudo a través de la señora o del niño.

Debo explicar, también, que a pesar de lo dicho sobre el enamoramiento indudable de don Roberto en más de una ocasión le sorprendí mirándome los pechos como aquel primer día. O el culo, cuando tocaba frotar y frotar el suelo de la cocina rodillas en tierra. También hubo frases que pudieron interpretarse en varios sentidos – a las que nunca respondí. Y también hubo veces en las que, después de alguno de esos compromisos que le obligaban a saltarse la cena familiar, encontré entre sus ropas para lavar huellas de otras mujeres – nunca lo comenté con nadie. Hoy, pasado tanto tiempo, pienso que aquello era casi obligado para un hombre de su época y de su posición. Y también hoy, pasado tanto tiempo, pienso que el fin de los ideales por los que luchamos era que todos hubiésemos podido llevar una vida así: sin sobresaltos, quizás monótona, sin que faltase un plato en la mesa y saber disfrutarlo. Que esa era la vida que deberíamos haber tenido: tu padre y yo en la panadería, tú - ¿y otros hermanos? - creciendo junto a nosotros. Ni para tu padre ni para mí pudo ser. Y mi único objetivo era conseguir que para ti sí lo fuera.

CINCO

La señora Angélica y su hermano Jorge no eran tan... familiares, tal vez por estar acostumbrados a ser servidos desde niños. Sobre todo ella daba la sensación de hacer las cosas más por ser lo que se esperaba de ella que por convicción propia. Amaba a su marido y a su hijo. Rezaba sus oraciones. Era feliz, como podía esperarse cualquier mujer de su posición. Por la mañana desayunaba en la cocina,

mientras organizaba con Yugo las tareas del día: limpieza, mercado, atención al niño y y el resto de rutinas. Entre semana asistía a misa de once en San Fermín de los Navarros y luego estiraba el tiempo en sus *labores de caridad*, bien con el grupo de Acción Católica de la parroquia, bien donde las monjas; siempre había una rifa para los pobres en marcha o una representación benéfica con los Coros y Danzas de la Sección Femenina. Volvía a casa poco antes de la hora de la comida y, si don Roberto no había avisado convite, almorzaba cualquier cosa en el comedor pequeño junto con su hermano. Las tardes las dedicaba a la vida social: mantenía un grupo pequeño de amistades, algunas esposas de socios de don Roberto, gente de la parroquia y vecinas de los bulevares, que quedaban para tomar café cada día en una casa; cuando no salían a mirar escaparates o al cine, que a la señora le gustaba mucho. Recuerdo que sus actores favoritos eran Alfredo Mayo, que le recordaba a su padre de joven, y Stewart Granger, que se parecía a don Roberto – y sí, tenía un aire. Cuando tocaba organizar la merienda en nuestra casa todo debía salir perfecto. Se hacía limpieza del salón en profundidad, sacábamos brillo a la plata, nos traían pastas y dulces exclusivos de Viena Capellanes y Yugo andaba al borde de la apoplejía hasta que la última invitada había salido por la puerta.

Angélica ganaba mucho en comparación con el resto de las señoras. Junto a ella casi todas sus amigas parecían necias, engreídas de sainete y caricatura. En sus conversaciones sobre *el servicio* – mientras yo pasaba la bandeja con los pasteles – o sobre los pobres a los que *auxiliaban* con sus mercadillos de beneficencia se traslucía el desprecio, el desconocimiento de la dignidad del otro. La consciencia de pertenecer a una clase superior que por eso había ganado una guerra. Lo que son las cosas: muchos años después acabé trabajando para la más altanera de ellas, aquella a la que, a sus espaldas, todas llamaban *La Coronela*, pues su marido era un militar destinado en África y decían que andaban metidos en chanchullos de todos los colores – luego supe que sí: todo lo que se contaba era cierto. Ella fue quien te colocó en las obras de los túneles del Guadarrama. La señora Angélica no era así. Nunca se mostró así con nosotros. A su hijo le contaba historias de santos que

alcanzaban la gloria desde la pobreza y resignación cristianas, y en las oraciones que rezaban juntos antes de acostarse nunca faltaba una petición de bienaventuranza para *todos los pobres del mundo que tienen hambre y sed*, aunque omitían lo de la *justicia*. La señora disfrutaba de los momentos con Pablito, siempre que no fueran muchos ni demasiado largos. El matrimonio a menudo hablaba – entre sí y con las visitas – de su deseo de ampliar la familia, pero creo que nunca pudieron. Al menos, no mientras estuvimos con ellos. Parece que el embarazo y el parto de Pablito fueron muy complicados y eso no ayudó a desarrollar su, digamos, instinto maternal. A la larga salí beneficiada con ello, porque cuando a los dos o tres años cogieron otra chica más – la joven Covadonga – yo pasé a ejercer, en la práctica, de niñera, me liberé de las tareas más pesadas y dispuse de más tiempo para ti. Tú apenas lo recordarás, pero al principio Pablito y tú os criasteis juntos, casi uno igual al otro.

SEIS

Tal y como él había dicho, pocas eran las veces en las que el señorito Jorge abandonaba sus habitaciones, y mucho menos el domicilio. Sin embargo, su presencia – y la de su enfermedad – condicionaba el funcionamiento de toda la casa, y no lo digo sólo por el silencio y los cortinajes siempre corridos. Pese a ello, no vivía aislado. De vez en cuando recibía visitas – en sus dependencias, nunca en el salón – de señores muy dignos que se presentaban como el profesor *no sé qué* o el doctor *no sé cuántos* y con algunos de ellos se oían grandes voces, aunque la despedida siempre era muy formal: el señorito Jorge los acompañaba hasta la puerta y volvía a recluirse. También mantenía una ingente cantidad de correspondencia que nosotros entregábamos y recogíamos diariamente del cartero; sobres abultados con destino o matasellos de Estados Unidos y diferentes países de Europa, más que de España. Cada diez o quince días, el mancebo de la farmacia de Santa Ana traía un paquete con sus medicinas, por el que debíamos

firmar recibo y entregar de inmediato en sus habitaciones, fuese la hora que fuese, y él las guardaba bajo llave, en una fresquera junto a su escritorio. Dos veces al día, a primera hora de la mañana y después de la cena, teníamos que llevarle una jícara de agua recién hervida y un pocillo de alcohol de quemar de un bidón que guardábamos en la alacena; a veces también nos pedía un limón, azúcar o una botella de aguardiente de ajeno, que íbamos a comprar en una bodega medio escondida en el barrio de las Maravillas.

Para ser alguien que dedicaba tanto tiempo a la lectura me sorprendía que nunca solicitase periódicos nacionales; a lo sumo hojeaba los que traía su cuñado, en la sobremesa después de la cena familiar. Entre los papeles de su escritorio sí había recortes subrayados de la prensa extranjera, también la revista *Life* y las *Selecciones del Reader's Digest*, en su edición original. Supongo que las recibiría entre su correspondencia. Casi todos los libros en su biblioteca eran asimismo extranjeros: franceses, ingleses y un gran número de alemanes; de los españoles recuerdo a Unamuno, a Ganivet y a Ramiro de Maeztu, el del *ABC* de antes de la guerra. Él escribía siempre a mano, con una letra prolija de cura de pueblo, aunque en algunos de sus papeles, apuntes de pensamientos a vuela pluma o esquemas para organizar sus ideas, la caligrafía mudaba en garabato ilegible, cubierta de círculos y flechas que unían unos con otros e intrincadas estructuras geométricas en los márgenes. Las instrucciones para hacer sus habitaciones, clarísimas y aún así repetidas hasta la saciedad, eran: llamar siempre, esperar permiso – a menudo nos pedía que volviésemos en media hora. Con el tiempo, cuando era yo la encargada de la limpieza, se acostumbró a mantener pequeñas conversaciones conmigo antes de irse al salón pequeño para tomar café. Nada importante, comentarios sobre las comidas, el tiempo o sobre Barcelona, donde mis papeles falsos decían que nació yo y donde él dio clases durante un curso completo. Una vez me preguntó si me interesaba la lectura. Le dije que sí, pese a que nunca pude dedicarle mucho tiempo. Unos días después me dejó dos volúmenes, uno de Apeles Mestres y otro de Josep Pla. Pareció satisfecho cuando le dije que ya conocía

al dibujante y me gustaba mucho. Desde entonces me prestó libros con cierta regularidad y se interesaba por mis opiniones – Yugo se sorprendió al enterarse. Yo, con cautelas, disfrutaba de aquellos momentos. Aunque distante, como si siempre dejase a buen recaudo la parte más importante de sí mismo – yo también lo hacía – era una de esas personas que saben escuchar, que se esfuerzan en valorar a quien está enfrente. Y luego estaba su voz; una voz que, pasada la primera sorpresa, engrandecía el diálogo. Te he dicho que era una voz femenina; sí, pero no pienses en esas voces desagradables, aflautadas de niño chillón: él hablaba como una reina de la antigüedad que en su lecho de muerte reparte los últimos consejos entre sus hijos... Una vez lo vi así. Se encontraba tan mal que no quiso levantarse de la cama mientras yo arreglaba lo que podía de las habitaciones. *“Hoy me siento – imagina su voz – una ola que lleva siglos rompiendo contra el mismo acantilado. La ola sabe que a cada golpe que da consigue erosionar algo de la inmensa montaña de rocas; pero ve que con todo ese esfuerzo no ha sido capaz de reunir siquiera arena suficiente para llenar un reloj que le de más tiempo de asalto. Y piensa que, tal vez, ha llegado el momento de aprovechar el reflujo y seguir la derrota hasta las aguas tranquilas de la bahía”*. Y a mí me invadió esa misma tristeza. Porque yo ya había estado allí.

SIETE

Estos hábitos se mantuvieron sin variaciones significativas durante los más de diez años que permanecimos bajo el techo de los Aguirre. Si acaso, el lento camino del país desde la miseria hacia un cierto desarrollo acrecentó la fortuna de la familia. Don Roberto parecía muy cauteloso en sus negocios y en sus gastos, pero, pese a ello, cambiaron el auto por un modelo americano, las comidas en restaurantes se hicieron habituales al salir de misa los domingos e incluso se permitieron vacaciones en la vieja casa de los abuelos en las Bárdenas. Nosotros, el servicio, también nos beneficiamos de esa prosperidad. Primero, cuando

añadieron a nuestros *días libres* una tarde de domingo cada dos semanas, por turnos; y luego, ya hacia el final, las gratificaciones económicas llegaron a ser casi mensuales – aunque nunca algo tan formal como un sueldo o cotizaciones al seguro. Tuvimos uniformes nuevos.

Creo que, desde las primeras semanas, Yugo tuvo claro que yo no me quedaría junto a ellos para siempre; por eso cuando llegó Covadonga la adoptó como heredera en la *sagrada misión* de cuidar de la señorita Angélica – y de los que estuvieran a su alrededor en un momento dado. Ella, mucho más pendiente de cada detalle que la propia señora, era el verdadero corazón de la casa y su único afán en esta vida parecía ser que Angélica brillase como una estrella en el firmamento, la suma de toda perfección. Y así se esforzó por transmitírselo a Covadonga, a la que llevaba siempre pegada a sus faldas y daba instrucciones de continuo entre murmullos, como una madre superiora a su última novicia. Su marido, Estanislao, salía de forma habitual – recados, compras – y estaba más conectado con el *mundo exterior*. Fue al único al que escuché comentarios políticos en aquellos años. Él era un tradicionalista de la vieja estirpe, de los que creyeron que, una vez ganada la guerra, los militares se mantendrían en el poder el tiempo justo para restablecer el orden y luego se lo entregarían al Regente, o mejor al archiduque Carlos. Su bestia negra era el Conde de Rodezno, de quien decía que “*Si Dios fuese en verdad justo lo fulminaría con un rayo en Montejurra, delante de todos a los que ha vendido a cambio de poltronas*”. Le gustaba el vino y el vino le soltaba la lengua. Con detalles sueltos de nuestras conversaciones completé poco a poco el retrato de la familia – y del señorito Jorge.

OCHO

Por Estanislao supe que Jorge destacó pronto en los estudios y sus padres,

dispuestos a impulsar esa vocación con todos los medios a su alcance, le enviaron a los mejores colegios de la capital, incluso a la Residencia de Estudiantes en los años dorados de Pepín Bello. En la Universidad Central fue alumno de Ortega y de Zubiri, obtuvo becas para investigación en distintas facultades europeas y visitó Inglaterra, Austria, Italia y Alemania. Tras sus viajes, ya doctorado en Filosofía y en Derecho, se alejó de los círculos orteguianos e inició su acercamiento a Unamuno, de quien le fascinaba su idea de la *España Eterna* tanto como detestaba sus contradicciones. Con el tiempo, y a pesar de algún sonado desencuentro, llegó a colaborar con él de forma asidua y cercana. A la vez se interesó por el nacional sindicalismo de Ledesma y José Antonio, en cuyo ideal de *superhombres mitad monjes, mitad soldados* veía la sublimación práctica del pensamiento de Unamuno. Jorge era profesor en Salamanca cuando el famoso incidente del rector con Millán-Astray, y estaba presente en el paraninfo. Él fue quien convenció a Pemán para que incitase a Carmen Polo a sacar de allí a don Miguel colgado de su brazo, tal vez la única manera de salvarlo, mientras algunos montaban sus armas para un fusilamiento sobre la marcha. También fue de los pocos que un par de meses después asistió a su entierro, y eso que pensaba que su mentor se había equivocado: tras el golpe militar estaba firmemente convencido de que aquel era el momento de los *guerreros* y no de la *intelectualidad*, ése llegaría después. Así se esforzó por ser admitido como voluntario en el ejército franquista. Era ya un poco mayor para la acción directa, por lo que fue destinado a los Servicios de Información y poco después a Intendencia. No debió ser bueno como *espía*. De alguna manera, su paso fugaz por Información me tranquilizó: no me hubiese gustado pensar que, sin conocernos, alguna vez pudimos estar frente a frente. En el daño que su trabajo hubiera causado a los nuestros, en los muertos que llevase en su conciencia. En fin: yo también cargo con los míos, ¿quién no?. Contaba Estanislao que en Intendencia se forjaron algunas de las grandes fortunas de la posguerra y que el mismo Jorge, al que hasta entonces el dinero nunca le había preocupado, hizo sus pinitos en los negocios al asociarse con un tal Amadeo Oliván, un *camisa vieja* al que conocía desde los primeros tiempos de la Falange.

Amadeo, un tipo de esos capaces de hacer flotar un barco sobre un escupitajo, ya entonces organizaba sus posiciones para después de la Guerra, pues desconfiaba de la evolución del régimen. Sabía moverse con soltura en cualquier ambiente y dejaba *agarraderas* allí por donde pasaba. Él fue quien puso en contacto al señorito con el sector más ortodoxo de los viejos nacional sindicalistas – Ridruejo, Torrente, Laín Entralgo – cuyas ideas, y preocupaciones, eran muy similares a las suyas propias. Se le consideró integrante del *Grupo de Burgos* y, a la larga, tan incómodo como ellos.

Y así llegó el Día de la Victoria y los triunfadores se dispusieron a reconstruir – a su imagen y semejanza – un país devastado hasta la ruina. Según Estanislao, en aquellos momentos muchos dieron por seguro el nombramiento de Jorge como ministro e incluso hubo movimientos de alto nivel para que así fuera, pero al final Franco eligió a Sánchez Mazas para el puesto – un personaje más inofensivo, que el señorito Jorge. A él le dieron una cátedra en la vieja Universidad Central: si con ello se sintió relegado, nunca lo demostró. Por entonces se instalaron en Madrid don Roberto y la señora Angélica, recién casados, en busca de oportunidades para sus negocios, a los que costaba poner en marcha tras la guerra. Los dos cuñados venían de orígenes muy diferentes y no se puede decir que congeniaran demasiado, aunque al principio lo intentaron con empeño. Jorge adelantó el dinero para la casa en los bulevares y los incluyó en la sociedad con Oliván. Y empezaron los problemas. Pese a que el dinero fluía con facilidad para todos, don Roberto enseguida vio cosas en la contabilidad que no le cuadraban, como tampoco las inversiones y la forma de amortizarlas. Tardó casi dos años en reunir pruebas firmes y tangibles de los enjuagues de Oliván antes de presentárselas a su cuñado. Él no se dignó a mirarlas. “¿Qué quieres? ¿No tienes dinero bastante?” - le preguntó. “No hay dinero. Las empresas forman un castillo de naipes. En cuanto una se tambalee, las demás caerán al minuto” - respondió. Pero el señorito Jorge no lo creyó y don Roberto cogió su parte y rompió la sociedad. Jorge se sintió utilizado. La sociedad, efectivamente, entró en quiebra poco después y él perdió una fortuna.

Oliván no. El señorito Jorge soportó la historia con estoicismo. Al fin y al cabo seguía teniendo bienes suficientes para mantener una posición acomodada y lo que realmente siempre le interesó fue la cultura, el mundo de las ideas. Y desde allí recibió el golpe más doloroso.

NUEVE

En su denuncia en comisaría relató que en la tarde del nueve de enero abandonó la Universidad cuando ya había oscurecido. Que estuvo un momento hablando con el bedel de la puerta de Noviciado y pidió que se diese aviso de varias farolas fundidas. Que continuó por la misma calle y antes de llegar al cruce con Amanuel un coche frenó a su altura, bajaron tres encapuchados y lo introdujeron con violencia en su interior, donde otro hombre, al que no vio la cara, se mantenía al volante. Que a punta de pistola le obligaron a tumbarse entre los asientos y le cubrieron con una manta, para partir de inmediato a toda velocidad. Que lo llevaron a un paraje que él creyó de la Casa de Campo, que lo bajaron del coche y fue vejado de palabra y de obra. Que hasta por tres veces fingieron su fusilamiento. Que lo desnudaron para *“comprobar si esta corbata no esconde a una puta debajo”* y lo azotaron con ramas de espino. Que, después de otro viaje en el fondo del coche, lo ataron al monumento del Quijote en la Plaza de España, fue obligado a tragar aceite de ricino y a inhalar cloroformo. Que así lo encontró el sereno cerca de las dos de la mañana. Luego dio la lista de nombres de quien sabía a ciencia cierta de su participación: cuatro energúmenos del Frente de Juventudes a los que unos días antes expulsó de su clase por un incidente con otros alumnos. Los policías se miraron unos a otros: en aquella lista estaban varios de los apellidos más importantes de Madrid.

Tras salir del hospital, un par de semanas de convalecencia después, recibió la

visita de un comisario. Le explicó que habían investigado con todo detalle a los *muchachos* que denunció y todos ellos tenían coartadas, respaldadas por *personas de gran solvencia*. Sin embargo habían detenido a otro grupo que casi con total certeza estuvo implicado en los hechos. “*Todos tienen antecedentes*” - dijo, y extendió sobre la mesa las fotos policiales de cuatro quincalleros.

–No son ellos – contestó el señorito con frialdad.

–Piénselo bien. Usted no vio sus caras.

–Los oí. Sé quienes fueron.

–Mírelos otra vez. Por favor.

El señorito, que nunca fumaba, tomó un cigarrillo turco de la arqueta para invitados, lo encendió y miró en los ojos del comisario durante cinco largos minutos. Hasta que el otro apartó la mirada.

–Me está usted diciendo que no van a hacer nada.

–No. Le he dicho que nos ha costado mucho encontrar a *estos* maleantes.

–Váyase. Ahora, por favor.

El policía se levantó de un salto. Recogió las fotos y, ya en la puerta, intentó un último gesto de empatía.

–Recapacite, señor. A usted también le interesa que alguien sea acusado y juzgado cuanto antes. Para que el tema sea resuelto y... pasar página.

–Alguien no. Los culpables.

La noticia fue la comidilla en todos los mentideros de la capital – salvo en los periódicos, que no publicaron ni palabra. Tras conocer cuál iba a ser la respuesta de la policía, el señorito Jorge buscó primero amparo en el cuerpo universitario y luego entre los círculos políticos. Fue una batalla soterrada entre corrientes y él resultó derrotado: algunos de sus aliados potenciales ya habían caído en desgracia

y gran parte del resto, en posiciones tampoco demasiado estables, no pudieron – o no quisieron – significarse en su favor. No era ya *una buena carta*. Como último intento trató de reunirse con los padres de cada uno de sus agresores y sólo uno accedió, un militar de muy alto rango que lo recibió en su despacho del Ministerio de Marina, con el uniforme cubierto de condecoraciones, dos marineros fusil al hombro en la puerta, un oficial auxiliar a su derecha y un óleo del Caudillo como *Cesar Rampante* a sus espaldas. Escuchó con sonrisa condescendiente los argumentos de Jorge, al tiempo que intercambiaba miradas con su auxiliar.

–Mi querido profesor – respondió – Lamento más que nadie este desgraciado asunto. Pero... mi hijo dice que él no ha sido y la policía dice que tiene otros sospechosos firmes ¿Qué voy a hacer yo? Debo creerles.

–Mi almirante – Jorge se vio al borde de la desesperación – Son alumnos míos. Sé que fueron ellos. Yo no quiero arruinar la vida de su hijo. No quiero que pase años en la cárcel. Mas es necesario que sepa que cada uno es responsable de sus actos, que quien la hace, debe pagar. De lo contrario ¿qué clase de país tendríamos? ¿Un país de bravucones, de pistoleros? ¿Por qué nos alzamos entonces contra la República?

–Usted no es nadie para darme lecciones – el militar sacó su pistola de la cartuchera y golpeó la mesa con ella, descompuesto por completo - ¡Maricón de mierda! ¿Qué país? Un país de hombres con cojones que saben lo que es suyo. Dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre al grito de ¡arriba España! Sin melindres, sin pensarlo. Porque conocen el deber y el honor, y no son unos mierdas pusilánimes agarrotados por su sacrosanta cultura. Yo podría pegarle un tiro ahora mismo y no pasaría nada ¿Lo entiende? Yo he dado mi sangre por esta patria y este caudillo y usted es un cobarde emboscado tras sus libros caducos.

–Hágalo. Adelante: dispare. Su hijo ya me puso un arma en la nuca, será lógico que usted acabe el trabajo.

El auxiliar acabó por expulsar al señorito Jorge del despacho y los marineros lo llevaron entre risitas disimuladas hasta la puerta del ministerio. Todo estaba

consumado.

Jorge sufrió una grave crisis nerviosa tras el incidente, por la que estuvo varios meses ingresado en una clínica de Navacerrada, de esas que de habitual se reservaban para el tratamiento de tuberculosis – no era cuestión de mezclar al señorito con alunados y locos rabiosos. Cuando recibió el alta, la señora Angélica y don Roberto insistieron en que fuera a vivir con ellos, donde estaría mejor atendido. Él, con el espíritu quebrado, accedió. Y poco a poco, paso a paso, inició su *exilio domiciliario*. Formalizó su baja en la Universidad por motivos de salud, abandonó todo contacto con las instituciones franquistas y, según Estanislao, los rumores decían que empezó a colaborar con la oposición en el exterior: la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas en mayor medida, algo menos con los monárquicos de Estoril – en quienes no confiaba. También según Estanislao, la policía lo tenía enfilado, censuraba su correspondencia y podía ser detenido en cualquier momento. No sé si era así. Hoy pienso que seguramente estaría bajo vigilancia, pero más para controlar sus posibles apoyos en el interior y anticiparse a un hipotético – e improbable – resurgimiento de su influencia. Por lo que yo conocí de la oposición en el exilio, de sus continuos desacuerdos y luchas por *el poder*, no creo que un intelectual con los antecedentes falangistas del señorito Jorge fuese tomado en serio por nadie. Hasta es posible que trataran de *intoxicarlo* con falsas noticias. Y la policía debía estar al corriente tan bien o mejor que yo.

DIEZ

En cualquier caso, conocer todos estos detalles me llenó de inquietud: para mi propia situación dentro del país, el hecho de residir en una casa bajo vigilancia, aunque yo no fuese el objetivo, suponía un riesgo considerable. Sin embargo, el principio del fin de nuestros días bajo el techo de los Aguirre llegó desde un flanco

que yo creía bien cubierto desde largo tiempo atrás. Un flanco muerto y enterrado en mi memoria.

Tú te habías convertido ya en un mozuelo tímido, muy obediente y, quizás, algo corto de *chispa* – lo siento, hijo, pero así era. Por aquella época yo iba a recoger a Pablito a su colegio y lo llevaba a casa, donde ya quedaba al cuidado de Yugo o de Covadonga. Luego, si no había merienda organizada, iba a buscarte a ti, que me esperabas en la plaza frente a tu escuela, y aprovechábamos para hacer algún recado antes de volver. Esa tarde llegué antes de lo previsto y me sorprendí al verte, desde lejos, sentado en un banco junto a un mendigo. Te había dicho mil veces que nunca, nunca, debías hablar con extraños. Iba a acercarme, dispuesta a echarlo con cajas destempladas, cuando *algo* en la caída de sus hombros, en la manera de acercarse hacia ti para hablar cerca de tu oído me golpeó con violencia en la boca del estómago. Yo conocía a ese hombre. Me agazapé como pude detrás de un quiosco y os estuve observando un buen rato. Advertí el ojo tapado por un parche. Las cicatrices. La manga vacía de la gabardina. Lo había visto por última vez de París: él convalecía de un enfrentamiento con alemanes en retirada, casi en las mismas puertas del Nido del Águila. Estaba hecho una piltrafa. Lo habían sacado al patio para que tomase el aire, cubierto de vendajes y con un par de botellas enchufadas en las venas. Recuerdo cómo, con la mirada del todo ausente, desmigaba un chusco de pan y las palomas lo picoteaban en sus rodillas. Yo fui a decirle que estaba embarazada. Que abandonaba todo y me volvía a España. No pudo creerme. Luego gritó mi nombre mientras yo me alejaba por la columnata del patio. Me mordí los labios y no miré atrás. Era Benjamín. Mi hermano Benjamín.

Retrocedí sobre mis pasos y volví a entrar en la plaza por la calle lateral, con mi mejor aspecto de mujer perdida en sus quehaceres. Benjamín se marchó de inmediato. Aunque lo esperaba, eso me asustó; pero más todavía cuando tú no me contaste nada de vuestro encuentro. Volvimos a casa en silencio. La presencia de

mi hermano ya no era un riesgo, sino un peligro claro, inminente. Durante varias noches no fui capaz de pegar ojo: otra vez, una más, me tocaba analizar posibilidades, adelantar futuros, asumir elecciones difíciles. La actuación de Benjamín al buscarte a ti, y no a mí, significaba que seguía en la lucha. Me conocía bien. Habría saltado la frontera de forma ilegal, en colaboración con la gente del interior o se habría puesto en contacto con ellos después. Conociendo el control que la policía secreta mantenía sobre los opositores, la cantidad de soplones e infiltrados que manejaban, era cuestión de tiempo que fuese localizado. Y lo siguiente sería preguntarse porqué iba a verte a ti. Y a cargo de quién estabas tú. Decisiones.

Pedí hablar con la señora Angélica y conté una historia de compromisos familiares que hacían necesaria nuestra marcha. Como yo esperaba, la excusa le importó bien poco y se centró en el *perjuicio* que le causaba.

–Naturalmente, necesitaré algunas semanas para encontrar una sustituta y adiestrarla en el funcionamiento de la casa... Espero contar con tu ayuda.

–Señora, tanto Yugo como Covadonga pueden enseñar a cualquier chica mejor que yo. Me temo que sólo puedo quedarme una semana, diez días todo lo más.

Levantó la nariz un par de cuartas. Su tono se tornó gélido como una cencellada en el páramo.

–Si quieres puedes irte ahora mismo.

–No es necesario, señora. Ayudaré en todo lo que pueda.

Después utilicé a Covadonga, a la inocente Covadonga, para denunciar a Benjamín. Lo detuvieron cerca de la Glorieta de Bilbao. Venía de merendar contigo en el Comercial, os despedisteis y, en cuanto tú doblaste la esquina, se le acercaron

dos hombres, muy discretos. Montaron juntos en un seat 1400 sin marcas y se lo llevaron. Yo lo vi todo desde el cruce de Luchana. No me permití ahorrarme el dolor. Son decisiones.

ONCE

Mis últimos días en la casa fueron un frenesí de planes de futuro para nosotros, de organización y de previsión; también de despedidas: al fin y al cabo, la casa de los Aguirre había sido *mi hogar*, el hogar en el que, si descontamos los años de infancia junto a mis padres, tus abuelos, más tiempo había pasado de seguido. Y donde fui razonablemente feliz. También sabía que la casa, el barrio, eran para ti lo que Fijols fue para mí: el nido de mi niñez protegida, libre de toda preocupación. Iniciábamos un paso que podría ser penoso para ti, como lo fue para mí dejar el pueblo tras la deportación de Manuel e instalarnos en Barcelona. Yo, en la casa, en mi situación, me había llegado a sentir bastante tranquila – y con las cosas saliendo según lo pensado.

Una vez pasada la irritación del primer momento, la señora Angélica retornó a su amabilidad distante habitual, incluso se ofreció a redactarme una carta de referencias – acepté, por supuesto. Pablito me regaló un monedero. Lo compró en una de las rifas de la parroquia y me lo entregó envuelto con gran cuidado y una tarjeta que decía “*Con todo el cariño de Pablo: nunca te olvidaré*”. Me emocionó, el chiquillo. Otro día don Roberto se acercó a mí en la cocina, antes de irse a trabajar. Me dio un sobre con su tarjeta de visita: “*Si necesitas una recomendación, que me llamen a la oficina. Digo, por si no es suficiente con la carta de Angélica*”. Me plantó un beso en cada mejilla. “*Cuidate mucho. Y tómate algo a mi salud*”. Dentro del sobre venía también, muy dobladito, un billete de veinte duros. Tú y yo íbamos a necesitar cada céntimo, pero quise tener un detalle con Yugo, Estanislao y

Covadonga: el jueves siguiente les invité en Casa Mingo a sidra y pollo asado. Fue una tarde muy agradable, hasta acabamos en un salón de baile de San Antonio de la Florida, los cuatro un poco piripis. Aunque nunca hubo una verdadera amistad entre nosotros – ni el trabajo ni mis propias reservas lo permitieron – convivimos todos aquellos años sin ningún problema serio, sin rivalidades, como camaradas que confían en su apoyo mutuo: yo, desde luego, no compartí la veneración de Yugo por la señora Angélica, pero en ningún momento cuestioné su posición como *directora* de la casa; Covadonga no entendió el papel que le hice jugar en la detención de Benjamín, pero lo cumplió sin preguntar nada. Los echaría de menos.

DOCE

A la mañana después me tocó hacer las habitaciones del señorito Jorge. No había coincidido con él desde el anuncio de mi marcha – tan sólo al servir las cenas familiares. Como siempre, piqué en su puerta. Tardó en darme permiso para entrar. Estaba sentado en su sillón, sin hacer nada. No parecía dispuesto a irse, tampoco a entablar una de nuestras conversaciones. Me quedé un poco parada. Decidí empezar por la alcoba.

–Me ha dicho mi hermana que nos deja... - dijo, por fin, a mis espaldas. Me giré.

–Sí. Unos problemas familiares...

–Lo siento – me interrumpió – Lo siento mucho.

Otro momento de silencio. Titubeé.

–¿Le importaría cerrar la puerta?

Me inquieté, aún más. Era la primera vez que lo pedía: a Yugo, a Covadonga o a mí. Pero lo hice.

–Dolores – se levantó trabajosamente – Usted es muy diferente a las personas a las que suelo, solía, tratar. Cualquiera con un mínimo de perspicacia puede ver que ha tenido un pasado difícil... no se preocupe, los detalles no me importan. Pero, sobre todo, usted tiene un futuro. Usted es una flecha que se ha disparado hacia su blanco, el que ha decidido, y además es capaz de modificar su trayectoria de vuelo para no fallar en ningún caso. Yo fui así. Quise ser así. Que nuestra patria, nuestra sociedad, fuese así. Ahora sé que es imposible. Todo acaba reducido al individuo. A las personas. Y las personas no pueden cambiarse desde arriba: son... como se han forjado. Estoy divagando... – volvió a sentarse – Supongo que no hay una manera fácil de decir esto.... Necesito algo de usted, Dolores.

–Usted dirá, señorito. - no podía adivinar de qué iba aquello. Y no acababa de gustarme.

–No, no será lo que yo diga, sino lo que diga usted. - tosió – En fin. Iré al grano: Dolores, quiero que nos demos un abrazo...

–Por supuesto que sí, señorito.

–...tan desnudos como llegamos a este mundo.

Me quedé paralizada. Él me miró.

Hay algo dentro de muchos de vosotros, hombres, que no logro entender. Tal vez tú puedas explicármelo algún día, hijo. Tu padre y yo nos hicimos novios cuando yo era poco más que una niña y nos casamos muy jóvenes. Después pasó todo lo que pasó, estuvimos más tiempo separados que juntos; pero yo, en todo momento, me sentí... protegida, tras una barrera que ahuyentaba a los *moscones*, tal y como antes mis padres me habían cuidado de las alimañas de campo. Los hombres a mi alrededor, por decirlo de alguna manera, reconocían la presencia del *otro* – salvo los *tontopollas*, que siempre los hay y siempre están al acecho. Pero quedé viuda y la barrera desapareció de golpe. Como si mi olor corporal hubiera cambiado, como si todos los hombres se hubieran convertido en *tontopollas*,

cualquier imbécil con el que cruzaba más de dos palabras se veía legitimado para asaltar mi cama, y además por la vía rápida. Y no tenía gracia. Yo estaba por otras cosas. En los peores años de la lucha, cuando pasábamos meses en la sierra como perros salvajes, cuando dormíamos hacinados en una choza de pastores o bajo cualquier arbusto, cuando cada amanecer podía ser el último... en ocasiones busqué la cercanía de un cuerpo amigo. Y aún así considero que fui fiel a tu padre. Es algo distinto al amor, más allá del sexo. Creo que ya eres bastante maduro para entenderme: en los tiempos difíciles a veces basta con una caricia en el pelo, un apretón de manos que se alarga más de lo normal... un reconocimiento de persona a persona, una celebración por seguir vivo todavía. No hay nada de vicio en ello. Y supe que lo que el señorito Jorge me pedía era algo así. Él había hablado de flechas: yo nos vi como dos náufragos que han coincidido en una isla y, al final, uno construye una balsa para irse y el otro decide seguir mandando mensajes en botellas. Y se ofrecen una despedida ceremonial de respeto, de reconocimiento mutuo.

Él vio la aceptación en mis ojos antes incluso de que yo supiera. La saludó con un leve gesto de asentimiento y se desabotonó la camisa. Nos desnudamos frente a frente, sin hablar, sin dejar de mirarnos. Su cuerpo era un inestable conjunto de venas y huesos, con algunas redondeces a la altura del pecho y las caderas; su piel tenía esa textura tersa y algo enfermiza de los albinos, de quien nunca ha dependido de la fuerza de sus riñones para comer. Yo, consciente de que los mejores momentos de mi cuerpo se perdieron mucho tiempo atrás, me vi ante él completa, poderosa como una doncella que otorga sus favores al poeta que canta su belleza. Lo acogí entre mis brazos. Nuestras pieles tardaron un instante en reconocerse; después los dos pudimos relajarnos. Humilló la frente sobre mi pecho. Al cabo de un rato musitó:

–Mi cuerpo no funciona como el de los demás. No necesita de algunas cosas que otros persiguen... Pero sí el tacto, percibir la afinidad en las yemas de los dedos

y no sólo en el pensamiento. Lo tuve mientras fui niño, luego... cada vez es más difícil de conseguir. Los demás... quieren algo que yo no tengo, no les vale lo que yo doy ni lo que busco. Todo acaba por volverse zafio. No es cosa de mi enfermedad. Tampoco soy marica, como dicen por ahí. Yo lo sé.

–Calla. No es necesario explicar nada. - creo que entonces entendí. Le acaricié en la nuca con la punta de las uñas. Como hacía contigo cuando eras un bebé y algún malestar no te dejaba dormir.

El abrazo duró hasta que los dos supimos que había terminado. Después nos vestimos, sin mirarnos ahora, atacados por ese pudor absurdo y frecuente en los nuevos amantes. Desde la puerta, antes de salir, se giró y dijo: *“Gracias. Muchas gracias, Dolores. Buena suerte. Y nunca pierda de vista su blanco”*. Yo continué con mis tareas.

Llovía con fuerza el día que abandonamos la casa. Nos alejamos bulevares arriba, al cobijo de un paraguas prestado. Nuestro equipaje seguía cabiendo en la misma maleta de cartón con la que llegamos.

Xibeliuss.Jar@gmail.com

